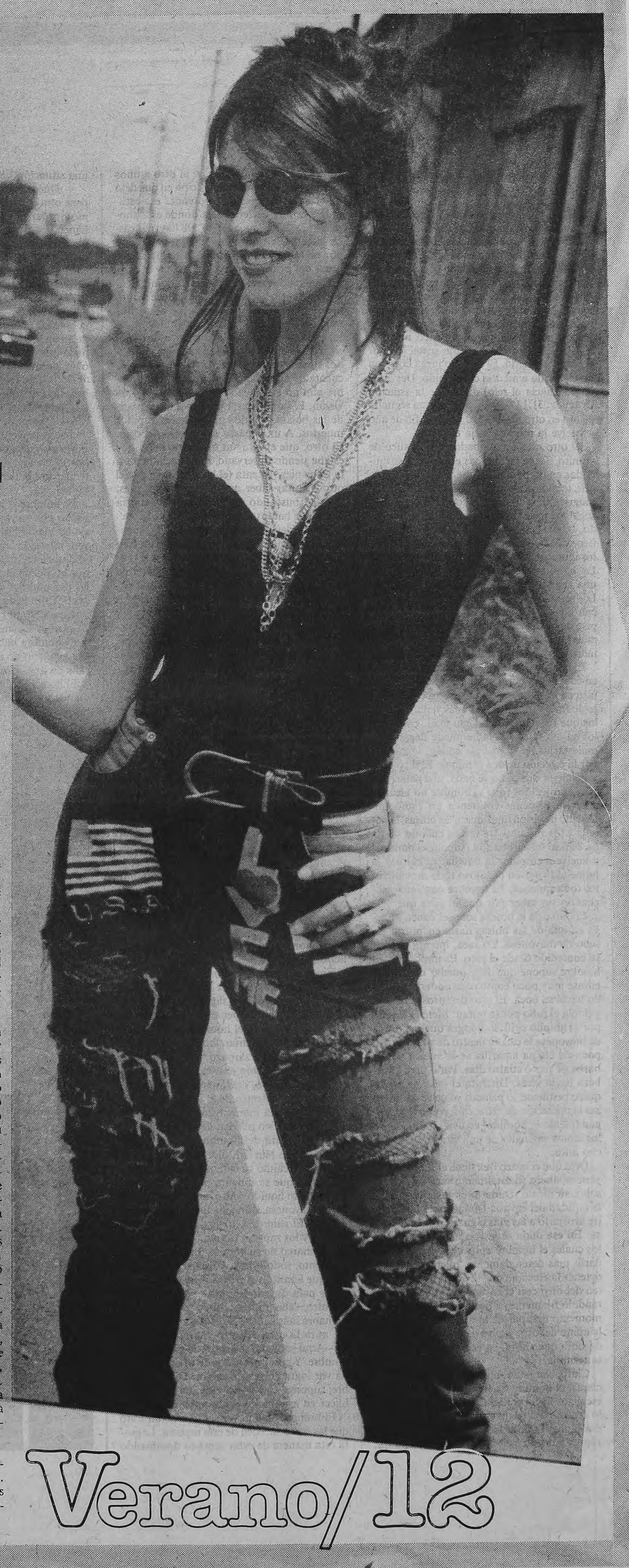
AHI NOMAS, A 150 METROS



(Por Guillermo Saccomanno) —¿No leiste los diarios? —vuelve a preguntar el Bebe. "Accidente en la Ruta 2." Un autazo rojo que se hizo mierda esquivando un micro. Iba una pareja. Los dos huían de la Villa. Escapaban. Fugitivos.

Quizás es la noche de tormenta la que influye en el ánimo del Bebe, el portero de noche del hotel La Tonina Blanca. La lluvia ametralla los vidrios, los relámpagos electrizan las venas y los truenos son apenas la descarga esperada después del calor fuerte. Esta madrugada, con la tormenta, el Bebe se puso sombrío. Y busca alguna explicación en sus libros muleta. Uno es *Moby Dick*. El otro es el *I Ching*.

—Ocuparon la 62 —cuenta el Bebe—. Juan Luis Pasalacqua y Mariana Fuentes. Treinta y siete y veintitrés respectivamente. El, fotógrafo de modas. Ella, estudiante de teatro y modelo. Vinieron por un fin de semana. Pero a lo mejor se quedaban más. No lo sabían. Buscaban locaciones para una campaña.

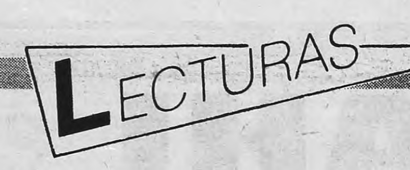
Esta madrugada el Bebe tiene angustia. Hace rato que se pasó de la ginebra al Earl Grey, pero cada tanto la angustia lo flanquea. Y entonces, con tono huraño, el Bebe la destila contando una historia de los pasajeros. Como si la desgracia ajena aliviara la propia.

—El fotógrafo: coleta, anteojos negros, bronceado, un hiperquinético gesticulante, aunque más que gestos eran tics los suyos —describe el Bebe—. Ella, palidísima, y la blancura de su piel se acentuaba con la tintura roja de su pelo. Ella, también con anteojos negros. De perfil eran dos tiburoncitos modernos. Demasiado. Como salidos de la *Interview*. Los dos mirando este hotelucho fascinados, reparando en cada detalle, hasta en ese cartel de Bidú que quedó colgado por olvido. Todo les parecía tan kitsch, tan Dianne Arbus; en especial, la gente.

Esa madrugada se pusieron a darme conversa. Yo les resultaba tan típico. Hasta que les empecé a hablar de los tiburones. Tal vez fue por asociación. Les dije que una tarde de diciembre, aquí cerca, dos pibes de un balneario, que salen a menudo a pescar a mar abierto, volvieron con ocho tiburones. Ocho, no jodo. Y que conste, les dije, que el ocho era signo de infinito. Les causó entre risa y pánico la anécdota. Y no todos eran cazones, les aclaré. Había algunos de metro y medio. No me creyeron del todo. Pero en la tarde del lunes, porque decidieron quedarse más, ella salió a caminar al atardecer por la playa. Y vio cómo esos pibes sacaban un tiburón de dos metros. Aguantando la impresión, averiguó. Y los pibes le dijeron que esto no era ninguna novedad. Los tiburones están ahí nomás, pasando la rompiente —y el Bebe se toma un respiro, se sirve un té y espera que pase un trueno para seguir el cuento—. Ahí nomás. Podés chequear el dato, si querés, para esas boludeces que escribís. Chequealo. Y vas a ver que tengo razón. La piba tampoco lo podía creer. *Quedate tranqui*, le dijo uno de los pescadores. *Estos tiburones tienen la panza llena. Por eso, no atacan. Son tiburones de clase media. Tiburones argentinos.* Cuando volvió al hotel, la chica tuvo una crisis de nervios. O algo así. *Asesinos*, gritaba desde el cuarto. El pibe intentaba calmarla. *Nos van a devorar, boludo*, decía ella. Y él: *Tranqui, Mariana. Si querés, nos vamos.* Estuvieron un rato largo entreteniendo al hotel con la discusión que salía por debajo de la puerta de la habitación. Bajaron los dos agitadísimos, tocándose la nariz. Mientras él pelaba la de plástico, ella, apurada, se bajó los anteojos negros y se puso gotitas en los ojos. *Está todo bien*, le dijo él. *Todo bien*, le contestó ella, en canon. Y se rajaron del hotel. Rajaron. Y rajaron. Hasta toparse con ese micro, la maniobra para evitarlo y el vuelco. ¿Sabés qué habitación ocupaban? Te lo dije. La 62. Que en el *I Ching* es la preponderancia de lo pequeño, cuyo sentido es no sobrepasar el centro.

Ahora llueve despacio. Y el Bebe prende un negro.

—Aunque escaparon —dice—, a esos pibes se los comieron los tiburones como se comen a la ballena amarrada al barco para la faena. ¿Te dije que los tiburones heridos se curvan para devorar sus propias entrañas? Tiburones de clase media. Pensar que los turistas se los morfan como pollo de mar. Un plato asqueroso.



Por Miguel Russo

El hombre se levanta y camina hacia la otra punta del andén. Adivina, intuye la presencia del otro antes de verlo sentado en la orilla de enfrente. Por un momento se queda quieto, semiescondido detrás de las columnas que dividen las vías. Alem o Lacroze. No sabe muy bien, nunca lo supo, de qué lado está cada uno. Tiene una camisa blanca y una corbata floreada. Vaqueros. El saco negro le cuelga de un hombro, apenas sostenido por el brazo izquierdo. El derecho juega libre con un cigarrillo a medias consumido. Desvía la mirada hacia el reloj digital de la estación Uruguay: 31:12 / 19:45. Sólo por un segundo piensa en otra posibilidad para ese fin de año y vuelve la mirada hacia el otro.

El otro está derrumbado en un banco de granito. Tiene las piernas estiradas y enfundadas en un pantalón, que pudo haber sido gris, totalmente manchado. La camisa celeste, mugrienta, se le sale por todo el borde de la soga que hace las veces de cinturón. A un lado, cerca, marcando su área de pertenencia tiene dos bolsas de plástico repletas de objetos inimaginables desde el andén enfrentado. La mano izquierda aferra sin desesperación una botella de sidra a punto de terminarse. Los pies envueltos en mugre o en medias buscan un imposible espacio de frescura en el piso de baldosas de la estación. Los zapatos, muertos, vencidos, se desparraman a los costados como muecas inútiles y despreciables.

El hombre lo envidia por un momento. Lo envidia por la quizá refrescante sensación del piso en los pies. Lo envidia porque ese festejo de fin de año es mucho más ventajoso que los que recuerda de toda su vida. Están solos en la estación. Nadie puede llegar para molestarlos. Uno en cada andén, separados por la elección de dos caminos. El otro ni lo ve, o mejor dicho, no ve nada, ni a nadie. Sus ojos enrojecidos (que el hombre no alcanza a divisar) apenas contienen un radio minúsculo de visión que limitan las bolsas, la botella y los zapatos. De vez en cuando suelta un bufido de aprobación (supone el hombre) y vuelve a empinar la botella. El calor y la humedad vuelven pegajoso todo movimiento, toda quietud. El hombre continúa acechando sin saber por qué ni para qué.

El otro deja la botella sobre el banco y hurga en una de las bolsas hasta encontrar un tubo de mayonesa. Lo saca, intenta chupar su contenido desde el pico. Es imposible. El hombre supone que debe quedar dentro del envase muy poco como para poder ser vertido hacia su boca. El otro desenrosca la tapa y dobla el tubo por la mitad. Mete la lengua por el amplio orificio y logra que los restos de mayonesa le caigan dentro de su boca. Un poco de crema amarilla se le vuelca por la barba de tres o cuatro días. Para, lleva la cabeza hacia atrás. Disfruta el paso de ese líquido pestilente, lo paladea y vuelve a comenzar la operación de extracción como si su lengua (piensa el hombre) estuviera bordeando los labios vaginales de una virgen de dieciocho años.

Deja que el brazo que tiene el tubo de mayonesa, ahora ya totalmente vacío, descanse sobre su muslo. Duda unos instantes sobre la utilidad del envase. Duda, sobre todo, entre arrojarlo a las vías o guardarlo en la bolsa. En esa duda se le van unos minutos en los cuales el hombre aprovecha para examinarlo más detenidamente, mientras intenta detener la erección que le produjo el lengüeteo del otro con el envase. Aunque está mirándolo fijamente, el hombre no sabe en qué momento desaparece la mayonesa para que la mano del otro vuelva a empinar la botella de sidra que ahora, en este preciso instante, se termina.

Claro, clarísimo, nunca tuvo las cosas tan claras, el hombre da media vuelta, sube las escaleras hacia el hall central de la estación, lo cruza, baja hacia el andén opuesto y sale por la puerta de al lado del dibujo sobre cerámicas de un personaje de *El eternauta*. Mira hacia su izquierda y ve al otro a unos diez metros, en la misma posición en que dejó de observarlo antes de emprender esa estúpida y certera carrera hacia donde está ahora. 31:12 / 20:03. "¡Cuidado, allí hay más cascarudos!!", lee en voz muy baja, desviando por un momento la vista de la figura atemporal del otro.

Camina despacio hacia él. El hombre camina despacio hacia el otro. Se detiene a unos pasos. El olor es una mezcla de alimentos rancios, tierra vieja, sudor y alcohol. El calor estimula la condensación cerca de la nariz del hombre. Es un olor antiguo, conocido, alguna vez propio. El otro aún no se dio cuenta de la presencia del hombre. El hombre aún no entró en su reducido campo de visión. El hombre está parado a unos pasos de las bolsas. A unos pasos de los zapatos muertos. A unos pasos del campo del otro. El otro, que en ningún momento supo que estaba siendo observado, mira hacia la punta a sus pies. Intenta (el hombre cree que el otro intenta) saber qué hacen allí sus pies, inútiles, buscando un poco de fresco contra el piso de baldosas de la estación de subte.

Hay un leve temblor en el aire. De repente, el estrépito llega en la forma de un tren que estaciona en el andén de enfrente. El soplido intenso de las puertas que se abren, se cierran y no escupen ni degluten ningún pasajero. Con otro ruido ensordecedor, el tren arranca haciendo chocar los vagones entre sí hacia la próxima estación. Allí repetirá el juego que viene desarrollando desde hace años.

El otro no le presta la menor atención al estruendo. El hombre piensa que el otro debe estar acostumbrado a dormir en las estaciones y por eso no lo sobresalta el ruido de los trenes. Una gota nueva de sudor le atraviesa la espalda. La espalda del hombre es atravesada por una nueva gota de sudor. Una gota o varias, muchas, todas esas gotas que le empaparon durante todo el día la camisa blanca, la cintura del vaquero. Todas esas gotas que al secarse le convirtieron la piel, la piel del hombre, en un terreno aceitoso que ya no soporta. Esta gota es nueva. El hombre piensa que ya no tenía más sudor que ofrecerle a este caluroso fin de año. Pero entonces sabe que esa gota, nueva, que le cruza la espalda, no es de calor. El hombre sabe que esa gota es de miedo, nueva, cruzando su espalda, pero de miedo.

Ese miedo, esa gota le hacen dar los pasos que lo separan del otro. Se sienta a su lado. El hombre se sienta al lado de las bolsas del otro.

Entonces, recién entonces el otro se da vuelta. Desencajado por la invasión, temeroso, destruido, el otro tiene la mirada de un animal acorralado. Apenas puede enfocar los ojos hacia la cara del hombre. Los ojos del otro desvarían, intentan localizar la cara del hombre, el posible zarpazo, la trompada que lo desparrame sobre el fresco de las baldosas de la estación. Los ojos del otro son incomprensibles dentro de la lasitud del cuerpo. El otro está inmóvil, lo único vivo son sus ojos, pero no pueden detener el bamboleo de la figura del hombre.

¡Feliz Año Nuevo!, dice el hombre lentamente, acercando su cara a la cara del otro.

El otro que se quiebra de pronto en dos y vomita un líquido rojizo, amarillento, mezcla de mayonesa, sidra, miedo y hambre. 31:12 / 20:11. El ruido de la garganta del otro se detiene y los zapatos flotan, manchados, sobre el charco de su vómito. Inútiles. Por un momento, todo queda en silencio. El hombre, que levantó sus pies, sus medias, sus zapatos para que no lo alcance la pestilencia del otro, sabe, intuye, adivina que este año no habrá más subtes. Se acomoda en el banco, mira la cara del otro y sonríe.

—Aquí ya nadie se asusta de nada, dice el hombre. Y continúa mirando al otro que cada vez logra enfocarlo mejor. Dice el hombre: supongo que ya no tenemos mucho que hacer en este banco, en esta estación.

El hombre alguna vez leyó en algún libro que las cosas suceden de esta manera. Le gusta esta manera de estar sentado dominando una situación que no le pertenece.

—¿Qué le parece si nos vamos? Digo, si no tiene otra cosa más importante que hacer, como quedarse, por ejemplo, sentado en este banco, en esta estación. Yo no espero a nadie más. El hombre habla como si el otro pudiera escucharlo.

El otro flexiona las piernas, está a punto de dar un salto que lo aleje del hombre, que lo devuelva a su antigua posición. A su botella de sidra, a su tubo de mayonesa. Mira la botella. El otro mira la botella y comprende en un segundo de sabiduría que ya no hay nada que hacer. Que el hombre, él lo quiera o no, domina la situación. Asiente. No puede decir que sí. Sólo asiente y con las manos hace un gesto que aleja la posibilidad de moscas, fantasmas, hombres.

—Como primera medida vamos a darnos un buen baño en mi casa, dice el hombre. Necesita afeitarse, necesita ropa nueva o limpia, por lo menos, y café. Mucho café para entender lo que voy a decirle. Puede dejar las bolsas acá.

El hombre mientras habla toma las dos bolsas con su mano izquierda y las tira hacia las vías. El otro intenta detenerlas, vuelve a mover las manos en el aire, su mirada se descoloca otra vez. Sabe, adivina, intuye que no puede alcanzarlas. Por un momento las dos miradas están pendientes de las bolsas que flotan en el aire y caen entre los durmientes con un ruido seco, ahogado, sucio. El otro es un animal que sólo asiente.

El hombre habla: Las bolsas deben quedar acá, son de acá y nunca van a volver a salir de acá. Usted me sigue.

El hombre se levanta. El otro apoya las dos manos a los costados de su cuerpo. Con el brazo izquierdo voltea la botella vacía de sidra que rueda un segundo por el banco y cae al piso fresco de baldosas de la estación quebrándose en mil pedazos. Ninguno de los dos se sobresalta. El otro mira al hombre a los ojos. Por primera vez ve los ojos del hombre. Siente vergüenza por la botella rota, por su botella rota. Entonces llora. Despacio, las lágrimas forman un surco que arrastra un hilo de polvo sobre su cara agrietada. El otro quiere dejar de llorar. Hace un esfuerzo por dejar de llorar, porque el hombre deje de verlo llorar. Pero el hombre no se da cuenta de la batalla ni de nada.

Sólo sabe, no adivina ni intuye, que el otro está llorando. Mansamente, como en un sueño.

El otro no alcanza a ver la trompada que



LEYDEN

Por Miguel Russo

El hombre se levanta y camina hacia la otra punta del andén. Adivina, intuye la presencia del otro antes de verlo sentado en la orilla de enfrente. Por un momento se queda quieto, semiescondido detrás de las columnas que dividen las vías. Alem o Lacroze. No sabe muy bien, nunca lo supo, de qué lado está cada uno. Tiene una camisa blanca y una corbata floreada. Vaqueros. El saco negro le cuelga de un hombro, apenas sostenido por el brazo izquierdo. El derecho juega libre con un cigarrillo a medias consumido. Desvía la mirada hacia el reloj digital de la estación Uruguay: 31:12 / 19:45. Sólo por un segundo piensa en otra posibilidad para ese fin de año y vuelve la mirada hacia el otro.

El otro está derrumbado en un banco de granito. Tiene las piernas estiradas y enfundadas en un pantalón, que pudo haber sido gris, totalmente manchado. La camisa celeste, mugrienta, se le sale por todo el borde de la soga que hace las veces de cinturón. A un lado, cerca, marcando su área de pertenencia tiene dos bolsas de plástico repletas de objetos inimaginables desde el andén enfrentado. La mano izquierda aferra sin desesperación una botella de sidra a punto de terminarse. Los pies envueltos en mugre o en medias buscan un imposible espacio de frescura en el piso de baldosas de la estación. Los zapatos, muertos, vencidos, se desparraman a los costados como muecas inútiles y despreciables.

El hombre lo envidia por un momento. Lo envidia por la quizá refrescante sensación del piso en los pies. Lo envidia porque ese festejo de fin de año es mucho más ventajoso que los que recuerda de toda su vida. Están solos en la estación. Nadie puede llegar para molestarlos. Uno en cada andén, separados por la elección de dos caminos. El otro ni lo ve, o mejor dicho, no ve nada, ni a nadie. Sus ojos enrojecidos (que el hombre no alcanza a divisar) apenas contienen un radio minúsculo de visión que limitan las bolsas, la botella y los zapatos. De vez en cuando suelta un bufido de aprobación (supone el hombre) y vuelve a empinar la botella. El calor y la humedad vuelven pegajoso todo movimiento, toda quietud. El hombre continúa acechando sin saber por qué ni para qué.

El otro deja la botella sobre el banco y hurga en una de las bolsas hasta encontrar un tubo de mayonesa. Lo saca, intenta chupar su contenido desde el pico. Es imposible. El hombre supone que debe quedar dentro del envase muy poco como para poder ser vertido hacia su boca. El otro desenrosca la tapa y dobla el tubo por la mitad. Mete la lengua por el amplio orificio y logra que los restos de mayonesa le caigan dentro de su boca. Un poco de crema amarilla se le vuelca por la barba de tres o cuatro días. Para, lleva la cabeza hacia atrás. Disfruta el paso de ese líquido pestilente, lo paladea y vuelve a comenzar la operación de extracción como si su lengua (piensa el hombre) estuviera bordeando los labios vaginales de una virgen de dieciocho años.

Deja que el brazo que tiene el tubo de mayonesa, ahora ya totalmente vacío, descanse sobre su muslo. Duda unos instantes sobre la utilidad del envase. Duda, sobre todo, entre arrojarlo a las vías o guardarlo en la bolsa. En esa duda se le van unos minutos en los cuales el hombre aprovecha para examinarlo más detenidamente, mientras intenta detener la erección que le produjo el lengüeteo del otro con el envase. Aunque está mirándolo fijamente, el hombre no sabe en qué momento desaparece la mayonesa para que la mano del otro vuelva a empinar la botella de sidra que ahora, en este preciso instante, se termina.

Claro, clarísimo, nunca tuvo las cosas tan claras, el hombre da media vuelta, sube las escaleras hacia el hall central de la estación, lo cruza, baja hacia el andén opuesto y sale por la puerta de al lado del dibujo sobre cerámicas de un personaje de *El eternauta*. Mira hacia su izquierda y ve al otro a unos diez metros, en la misma posición en que dejó de observarlo antes de emprender esa estúpida y certera carrera hacia donde está ahora. 31:12 / 20:03. "¡Cuidado, allí hay más cascarudos!!", lee en voz muy baja, desviando por un momento la vista de la figura atemporal del otro.

Camina despacio hacia él. El hombre camina despacio hacia el otro. Se detiene a unos pasos. El olor es una mezcla de alimentos rancios, tierra vieja, sudor y alcohol. El calor estimula la condensación cerca de la nariz del hombre. Es un olor antiguo, conocido, alguna vez propio. El otro aún no se dio cuenta de la presencia del hombre. El hombre aún no entró en su reducido campo de visión. El hombre está parado a unos pasos de las bolsas. A unos pasos de los zapatos muertos. A unos pasos del campo del otro. El otro, que en ningún momento supo que estaba siendo observado, mira hacia la punta a sus pies. Intenta (el hombre cree que el otro intenta) saber qué hacen allí sus pies, inútiles, buscando un poco de fresco contra el piso de baldosas de la estación de subte.

Hay un leve temblor en el aire. De repente, el estrépito llega en la forma de un tren que estaciona en el andén de enfrente. El soplido intenso de las puertas que se abren, se cierran y no escupen ni degluten ningún pasajero. Con otro ruido ensordecedor, el tren arranca haciendo chocar los vagones entre sí hacia la próxima estación. Allí repetirá el juego que viene desarrollando desde hace años.

El otro no le presta la menor atención al estruendo. El hombre piensa que el otro debe estar acostumbrado a dormir en las estaciones y que por eso no lo sobresalta el ruido de los trenes. Una gota nueva de sudor le atraviesa la espalda. La espalda del hombre es atravesada por una nueva gota de sudor. Una gota o varias, muchas, todas esas gotas que le empaparon durante todo el día la camisa blanca, la cintura del vaquero. Todas esas gotas que al secarse le convirtieron la piel, la piel del hombre, en un terreno aceitoso que ya no soporta. Esta gota es nueva. El hombre piensa que ya no tenía más sudor que ofrecerle a este caluroso fin de año. Pero entonces sabe que esa gota, nueva, que le cruza la espalda, no es de calor. El hombre sabe que esa gota es de miedo, nueva, cruzando su espalda, pero de miedo.

Ese miedo, esa gota le hacen dar los pasos que lo separan del otro. Se sienta a su lado. El hombre se sienta al lado de las bolsas del otro.

Entonces, recién entonces el otro se da vuelta. Desencajado por la invasión, temeroso, destruido, el otro tiene la mirada de un animal acorralado. Apenas puede enfocar los ojos hacia la cara del hombre. Los ojos del otro desvarían, intentan localizar la cara del hombre, el posible zarpazo, la trompada que lo desparrame sobre el fresco de las baldosas de la estación. Los ojos del otro son incomprensibles dentro de la lasitud del cuerpo. El otro está inmóvil, lo único vivo son sus ojos, pero no pueden detener el bamboleo de la figura del hombre.

¡Feliz Año Nuevo!, dice el hombre lentamente, acercando su cara a la cara del otro.

El otro que se quiebra de pronto en dos y vomita un líquido rojizo, amarillento, mezcla de mayonesa, sidra, miedo y hambre. 31:12 / 20:11. El ruido de la garganta del otro se detiene y los zapatos flotan, manchados, sobre el charco de su vómito. Inútiles. Por un momento, todo queda en silencio. El hombre, que levantó sus pies, sus medias, sus zapatos para que no lo alcance la pestilencia del otro, sabe, intuye, adivina que este año no habrá más subtes. Se acomoda en el banco, mira la cara del otro y sonríe.

—Aquí ya nadie se asusta de nada, dice el hombre. Y continúa mirando al otro que cada vez logra enfocarlo mejor. Dice el hombre: supongo que ya no tenemos mucho que hacer en este banco, en esta estación.

El hombre alguna vez leyó en algún libro que las cosas suceden de esta manera. Le gusta esta manera de estar sentado dominando una situación que no le pertenece.

—¿Qué le parece si nos vamos? Digo, si no tiene otra cosa más importante que hacer, como quedarse, por ejemplo, sentado en este banco, en esta estación. Yo no espero a nadie más. El hombre habla como si el otro pudiera escucharlo.

El otro flexiona las piernas, está a punto de dar un salto que lo aleje del hombre, que lo devuelva a su antigua posición. A su botella de sidra, a su tubo de mayonesa. Mira la botella. El otro mira la botella y comprende en un segundo de sabiduría que ya no hay nada que hacer. Que el hombre, él lo quiera o no, domina la situación. Asiente. No puede decir que sí. Sólo asiente y con las manos hace un gesto que aleja la posibilidad de moscas, fantasmas, hombres.

—Como primera medida vamos a darnos un buen baño en mi casa, dice el hombre. Necesita afeitarse, necesita ropa nueva o limpia, por lo menos, y café. Mucho café para entender lo que voy a decirle. Puede dejar las bolsas acá.

El hombre mientras habla toma las dos bolsas con su mano izquierda y las tira hacia las vías. El otro intenta detenerlas, vuelve a mover las manos en el aire, su mirada se descoloca otra vez. Sabe, adivina, intuye que no puede alcanzarlas. Por un momento las dos miradas están pendientes de las bolsas que flotan en el aire y caen entre los durmientes con un ruido seco, ahogado, sucio. El otro es un animal que sólo asiente.

El hombre habla: Las bolsas deben quedar acá, son de acá y nunca van a volver a salir de acá. Usted me sigue.

El hombre se levanta. El otro apoya las dos manos a los costados de su cuerpo. Con el brazo izquierdo voltea la botella vacía de sidra que rueda un segundo por el banco y cae al piso fresco de baldosas de la estación quebrándose en mil pedazos. Ninguno de los dos se sobresalta. El otro mira al hombre a los ojos. Por primera vez ve los ojos del hombre. Siente vergüenza por la botella rota, por su botella rota. Entonces llora. Despacio, las lágrimas forman un surco que arrastra un hilo de polvo sobre su cara agrietada. El otro quiere dejar de llorar. Hace un esfuerzo por dejar de llorar, porque el hombre deje de verlo llorar. Pero el hombre no se da cuenta de la batalla ni de nada.

Sólo sabe, no adivina ni intuye, que el otro está llorando. Mansamente, como en un sueño.

El otro no alcanza a ver la trompada que le estalla en la nariz haciéndole rebotar la cabeza contra los mosaicos de la pared de la estación. Cuando recupera su posición (menos de un segundo, menos) no siente dolor, no siente nada , sólo una mayor vergüenza. Está descalzo, semiborracho. Se vomitó encima y ahora su cara chorrea una mezcla de sangre, mocos y lágrimas.

—¡No sea pelotudo!, grita el hombre, de pie, a su lado. ¡Le dije que me siguiera!

El otro se mueve despacio, como puede. Con la manga derecha se limpia la nariz. Se para y el esfuerzo le hace escupir restos de sangre y vómito sobre el banco. Habla, buscando las palabras, abriendo apenas la boca, dolorido: Gracias. Dice. Gracias.

La escupida se queda en el banco, dentro de dos días va a estar semipetrificada cuando a las siete y media baje la manada de empleados para sus trabajos. Nadie va a notar nada hasta que alguno de esa misma manada, a las seis o a las siete de la tarde, cuando intenten el camino de vuelta a sus casas, traten de sentarse para descansar un poco antes de tomar el subte.

El otro se agacha para levantar sus zapatos del charco. Da dos pasos y se los pone. Sigue al hombre con pasos cortos, uno detrás de él. El hombre lo espera antes de subir la escalera y se ponen a la misma altura. El otro mira el piso, cansado. El hombre le palmea la espalda y el otro, llorando todavía, le sonríe cuando dice: Gracias, señor.

Suben la escalera hacia el hall de la estación, caminan bajo la mirada del vendedor de cospeles que no reconoce a ninguno de los dos. Suben otra escalera más y están en la calle casi desierta.

Un subte acaba de parar en la estación Uruguay. Abre las puertas para que nadie suba ni baje. Hay cuatro, cinco pasajeros en cada vagón, semidormidos, tristes, hartos. Arranca con el mismo estrépito que llegó, pero cuando termina de pasar el último vagón queda un desecho de ropa, bolsas y papeles manchados con la grasa y la mugre de todos los días. Nadie las ve. Están allí para que nadie las vea. El ruido del tren va desapareciendo de a poco hasta que la estación queda totalmente en silencio. Se escucha, de vez en cuando, una gota de agua que cae en algún lugar secreto, sucio, escondido a toda mirada humana. A todo festejo.

....

—Puede decirme Leyden.

—Leyden. Repite el otro tratando de mantener el paso del hombre, tropezándose.

—Nada de señor. Leyden. Sólo Leyden y espero que no se lo olvide. No quiero volver a pegarle como antes. Vamos a ir hasta mi casa. Se va a bañar, darse una buena ducha, afeitarse si quiere, comer algo más que esa inmundicia de mayonesa que estaba chupando. Aunque quiero decirle que me acerqué a usted justamente por la mayonesa, por la forma en que la estaba comiendo, por su desesperación al meter la lengua en el tubo. Por eso me acerq...

—Tenía hambre.

—No me interrumpa. Usted no habla, no existe hasta que no se bañe, hasta que no se saque ese olor a mierda vieja que tiene encima. ¿Entendió?

El otro asiente, vuelve a asentir y baja la cabeza contra su pecho tratando de adivinar por dónde pisa realmente. En la calle cada vez hay menos gente. Ya ni siquiera los miran. No despiertan la curiosidad de nadie porque no hay nadie.

—Me acerqué por la forma en que chupaba esa basura, no por usted. Usted es un pedazo de mierda hasta que yo disponga lo contrario. Yo soy el que tiene planes, usted no. Yo soy el que dice qué hacer y cuándo hacerlo, usted no. Yo soy el que decide cuándo puede hablar y qué tiene que decir. Usted acaba de morirse en la estación Uruguay del subte. El subte no iba a pasar más y usted se iba a morir antes de las doce de la noche del 31 de diciembre. Usted iba a morirse antes de Año Nuevo, pero yo crucé de andén y lo salvé. No, no lo salvé. Lo creé de la mierda y hasta que no termine de crearlo será mierda. Menos, si sabe de lo que hablo, que el gato de Scholem.

El otro camina cada vez con menos dificultad. El aire (aunque pegajoso, sucio, caliente) de la calle lo va despejando. El hombre camina dando grandes pasos, seguro. Bambolea el saco negro que cuelga del hombro, se afloja la corbata floreada. Saca un cigarrillo negro del bolsillo de la camisa y lo prende. Aspira el humo con ansiedad, como si nunca hubiera fumado. Está contento, alegre, se siente cada vez más nuevo. Da una larga pitada al cigarrillo y suelta el humo mientras mira al otro y le dice: —¿Entendió?

—Si..., Leyden. Dice el otro.



Miguel Russo (Buenos Aires, 1956) trabajó como peón de mudanza, como empleado de la fascinante Asociación Cooperativas de Caballos Pura Sangre de Carrera Limitada, fabricante de coronas fúnebres, vendedor "B" de varias librerías y ahora —previa publicación de dos libros de poesía— colabora asiduamente con el suplemento **Primer Plano.** Lo que aquí se reproduce —asegura— forma parte de una novela en tránsito.



le estalla en la nariz haciéndole rebotar la cabeza contra los mosaicos de la pared de la estación. Cuando recupera su posición (menos de un segundo, menos) no siente dolor, no siente nada , sólo una mayor vergüenza. Está descalzo, semiborracho. Se vomitó encima y ahora su cara chorrea una mezcla de sangre, mocos y lágrimas.

—¡No sea pelotudo!, grita el hombre, de pie, a su lado. ¡Le dije que me siguiera!

El otro se mueve despacio, como puede. Con la manga derecha se limpia la nariz. Se para y el esfuerzo le hace escupir restos de sangre y vómito sobre el banco. Habla, buscando las palabras, abriendo apenas la boca, dolorido: Gracias. Dice. Gracias.

La escupida se queda en el banco, dentro de dos días va a estar semipetrificada cuando a las siete y media baje la manada de empleados para sus trabajos. Nadie va a notar nada hasta que alguno de esa misma manada, a las seis o a las siete de la tarde, cuando intenten el camino de vuelta a sus casas, traten de sentarse para descansar un poco antes de tomar el subte.

El otro se agacha para levantar sus zapatos del charco. Da dos pasos y se los pone. Sigue al hombre con pasos cortos, uno detrás de él. El hombre lo espera antes de subir la escalera y se ponen a la misma altura. El otro mira el piso, cansado. El hombre le palmea la espalda y el otro, llorando todavía, le sonríe cuando dice: Gracias, señor.

Suben la escalera hacia el hall de la estación, caminan bajo la mirada del vendedor de cospeles que no reconoce a ninguno de los dos. Suben otra escalera más y están en la calle casi desierta.

Un subte acaba de parar en la estación Uruguay. Abre las puertas para que nadie suba ni baje. Hay cuatro, cinco pasajeros en cada vagón, semidormidos, tristes, hartos. Arranca con el mismo estrépito que llegó, pero cuando termina de pasar el último vagón queda un desecho de ropa, bolsas y papeles manchados con la grasa y la mugre de todos los días. Nadie las ve. Están allí para que nadie las vea. El ruido del tren va desapareciendo de a poco hasta que la estación queda totalmente en silencio. Se escucha, de vez en cuando, una gota de agua que cae en algún lugar secreto, sucio, escondido a toda mirada humana. A todo festejo.

....

—Puede decirme Leyden.

—Leyden. Repite el otro tratando de mantener el paso del hombre, tropezándose.

—Nada de señor. Leyden. Sólo Leyden y espero que no se lo olvide. No quiero volver a pegarle como antes. Vamos a ir hasta mi casa. Se va a bañar, darse una buena ducha, afeitarse si quiere, comer algo más que esa inmundicia de mayonesa que estaba chupando. Aunque quiero decirle que me acerqué a usted justamente por la mayonesa, por la forma en que la estaba comiendo, por su desesperación al meter la lengua en el tubo. Por eso me acerq...

—Tenía hambre.

—No me interrumpa. Usted no habla, no existe hasta que no se bañe, hasta que no se saque ese olor a mierda vieja que tiene encima. ¿Entendió?

El otro asiente, vuelve a asentir y baja la cabeza contra su pecho tratando de adivinar por dónde pisa realmente. En la calle cada vez hay menos gente. Ya ni siquiera los miran. No despiertan la curiosidad de nadie porque no hay nadie.

—Me acerqué por la forma en que chupaba esa basura, no por usted. Usted es un pedazo de mierda hasta que yo disponga lo contrario. Yo soy el que tiene planes, usted no. Yo soy el que dice qué hacer y cuándo hacerlo, usted no. Yo soy el que decide cuándo puede hablar y qué tiene que decir. Usted acaba de morirse en la estación Uruguay del subte. El subte no iba a pasar más y usted se iba a morir antes de las doce de la noche del 31 de diciembre. Usted iba a morirse antes de Año Nuevo, pero yo crucé de andén y lo salvé. No, no lo salvé. Lo creé de la mierda y hasta que no termine de crearlo será mierda. Menos, si sabe de lo que hablo, que el gato de Scholem.

El otro camina cada vez con menos dificultad. El aire (aunque pegajoso, sucio, caliente) de la calle lo va despejando. El hombre camina dando grandes pasos, seguro. Bambolea el saco negro que cuelga del hombro, se afloja la corbata floreada. Saca un cigarrillo negro del bolsillo de la camisa y lo prende. Aspira el humo con ansiedad, como si nunca hubiera fumado. Está contento, alegre, se siente cada vez más nuevo. Da una larga pitada al cigarrillo y suelta el humo mientras mira al otro y le dice: —¿Entendió?

—Si..., Leyden. Dice el otro.

Miguel Russo (Buenos Aires, 1956) trabajó como peón de mudanza, como empleado de la fascinante Asociación Cooperativas de Caballos Pura Sangre de Carrera Limitada, fabricante de coronas fúnebres, vendedor "B" de varias librerías y ahora —previa publicación de dos libros de poesía— colabora asiduamente con el suplemento **Primer Plano.** Lo que aquí se reproduce —asegura— forma parte de una novela en tránsito.

Juegos

Damero

1-M	2-H	■	3-S	4-K	5-R	6-I	7-P	8-B	9-C	10-G	11-I	■	12-M	13-F	■
14-F	15-K	■	16-R	17-B	18-K	19-I	20-C	21-K	■	22-G	23-M	■	24-B	25-I	26-L
27-M	28-F	, 29-S	■	30-L	31-A	■	32-C	33-R	34-B	35-H	36-P	37-S	38-K	39-A	40-C
, 41-B	■	42-S	43-H	■	44-J	45-H	46-I	■	47-A	48-K	49-M	50-E	51-P	; 52-F	■
53-L	54-C	■	55-K	56-O	57-G	58-K	59-C	■	60-P	61-G	62-H	63-L	64-A	65-M	■
66-J	■	67-C	68-A	69-R	■	70-K	71-F	72-O	73-K	74-P	75-B	76-G	77-M	78-R	79-S
, 80-F	■	81-F	82-H	83-L	84-B	■	85-I	86-O	87-E	88-A	89-J	90-O	91-J	, 92-E	■
93-S	. 94-R	■	95-J	96-F	97-S	98-G	99-S	100-A	101-H	102-L	■	103-C	104-G	■	105-M
106-B	107-F	. 108-S	■	109-E	110-R	111-B	112-P	113-I	114-L	115-M	116-O	117-B	. 118-J	■	■

A. Averigüé.

100 31 47 64 39 88 68

B. Parte de la medicina relativa a la tisis.

111 75 17 34 41 117 84 24 8 106

C. Sueltas, arrojas una cosa.

9 59 103 32 40 20 54 67

E. Modelo, ejemplar.

87 50 109 92

F. Dícese del tamaño que en la pintura representa a las personas en un tercio del suyo natural.

81 14 96 28 71 80 13 107 52

G. Ayer - - - - - - - el asunto en un subordinado.

22 104 61 10 76 98 57

H. Amorío pasajero.

101 82 35 2 43 62 45

I. Municipio de España, provincia de Almería.

11 6 25 113 85 46 19

J. Lástima, misericordia, conmiseración.

89 118 95 44 66 91

K. Paga, sueldo.

73 4 18 70 55 38 15 58 48 21

L. Sustancia crasa o mantecosa, o jugo untuoso y espeso.

63 83 102 53 30 114 26

M. Hacer vil, abatida y despreciable una cosa.

77 105 49 115 1 23 27 12 65

O. Agudo, perspicaz, ingenioso.

86 56 72 90 116

P. Diminutivo de pillo.

7 36 60 74 112 51

R. Mar comprendido entre Italia y las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia.

5 110 69 33 16 78 94

S. Dícese del que tiene insolencia, atrevimiento o descaro.

99 3 97 42 37 29 93 79 108

Solucion

DAMERO:
"La estupidez es un estado de gracia, un privilegio, un don divino: se puede llegar a ser inteligente, pero estúpido, no. Estúpido se nace."
(Pitigrilli)